

## Contando la novela de su vida: las autobiografías de escritores en Venezuela

VIOLETA ROJO (1959) Profesora en el Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Es Licenciada en Letras (Universidad Central de Venezuela), Magíster en Literatura Latinoamericana (Universidad Simón Bolívar), actualmente cursa estudios de doctorado en esta institución. Ha publicado: Breve manual para reconocer minicuentos (*Fundarte/Equinoccio*, Caracas, 1996) y Universidad Autónoma Metropolitana, México (1997).

LA ESCRITURA LITERARIA exige cierta profesionalización. Los novelistas, los cuentistas, los poetas, los ensayistas son por lo general, gente dedicada en mayor o en menor medida a la literatura. La literatura para éstos, es su vida o una parte muy importante de ella. Las excepciones a esta regla suelen ser escasas, poco talentosas, y su producto algo más relacionado con la expresión de emociones que con el arte. Por supuesto, siempre está el cajero de banco que arracima unos versos, el ama de casa que intenta una novela de amor o el militar que pergeña sus pensamientos. Por lo general, los resultados son deplorables, pero el papel lo aguanta todo. Claro está, siempre hay alguna excepción, quizás el oscuro funcionario se llame Pessoa, es posible que el encantador encargado de Relaciones Públicas sea también el Álvaro Mutis que publica versos. Sin embargo incluso las excepciones no son tales. A la larga son escritores, hablan de libros, se reúnen con escritores, leen gran literatura pero tienen empleos, alejados del arte, con los que se ganan el pan honradamente.

El autobiográfico es el único género literario que no es escrito, necesariamente, por escritores. Cualquier persona puede contar su vida si considera que ésta tiene interés para los demás. Lamentablemente en algunos casos y afortunadamente en otros, son muchas las personas que consideran que su vida fue muy interesante, que su desempeño profesional ha sido fundamental para el desarrollo del país, que han conocido personalidades fascinantes o que sus anécdotas son deliciosas. En algunos casos han sido protagonistas, efectivamente, de algún hecho histórico fundamental, y necesitan dar su versión, realizar su apología, justificar su actuación, desmentir lo que se ha dicho de ellos, dar su versión de lo que pasó. En suma, dar su testimonio sobre algún hecho histórico, lograr que la muerte no lleve al olvido lo que consideran más importante. También está, siguiendo a May (1991), lo que él llama "medirse en el tiempo": encontrar el sentido de la existencia mirándola desde el final, como si fuera una pintura cuyas figuras sólo pueden apreciarse mirándolas desde lejos. También está el placer del recuerdo, tan caro a las personas ancianas que, incapaces de actuar, de tener poder, de tomar decisiones, rememoran con inmenso gusto la época en que

sí podían hacerlo. *Last but not least*, quizás el elemento primordial: la vanidad.

En Venezuela la cantidad de memorialistas literatos es muy pequeña. De 170 autobiografías escritas en nuestro país entre los siglos XIX y XX, solamente 14 corresponden a aquellas escritas por profesionales de la literatura. La mayor parte de nuestra producción memorialista ha sido escrita por ministros o personeros de algún régimen, alzados contra algún gobierno o perseguidos por otro. El resto son recuerdos de damas, algún testimonio de artista o los alegatos de delincuentes. Sin embargo, tal como sucede en el resto del mundo, que el autor no sea un escritor no implica que su autobiografía no valga la pena. Es más, muchas extraordinarias memorias son escritas por no literatos: Charles Darwin, Héctor Berlioz, Giacomo Casanova, Benvenuto Cellini, Benjamin Franklin, San Agustín, Luis Buñuel, por dar algunos pocos y famosos ejemplos.

En Venezuela pasa lo mismo. Entre las memorias de los no escritores pueden encontrarse algunas joyas. Por ejemplo, las *Memorias* de Rafael de Nogales Méndez, hombre de armas venezolano que pasó *Cuatro años bajo la luna llena*, según reza el título de su segundo libro de memorias. Nogales Méndez fue una especie de Lawrence de Arabia venezolano y sus aventuras son a veces rocambolescas, muchas veces parecen imposibles y, por supuesto, nunca son aburridas. Un médico, Rubén Jaén Centeno publicó en 1991 sus *Memorias de un cirujano del corazón*, un libro interesante, bien escrito, que a partir del nacimiento de la cirugía cardiovascular nos da una clara imagen de lo que es la medicina, la docencia y la ética en Venezuela. El artista plástico Alejandro Otero escribió sus *Papeles biográficos*, uno de los libros de infancia más hermosos publicados en nuestro país.

Las autobiografías de los escritores venezolanos oscilan, proporcionalmente, entre las variables anteriormente descritas, aunque no en todas. No hay alzados que cuenten sus hazañas, pero sí muchos perseguidos. No hay personeros de régimen, aunque hablan de algunos cargos públicos. Por lo general se refieren mucho a sus lecturas y su trabajo creativo. Es también común que hablen mal de otros escritores. Casi no escriben sobre su vida privada. Por lo general se refieren a un momento particular de su vida que

coincide con algún evento histórico crítico y su participación en él. Casi todos son unos apasionados venezolanos que hablan con gran intensidad de los problemas del país, los errores de los gobernantes, la pobreza y el atraso.

Para este ensayo analizaremos 11 obras: *Viaje al amanecer* y *Regreso de tres mundos* de Mariano Picón Salas (1901-1965), *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra (1889-1955), *Diarios de mi vida* de Rufino Blanco Fombona (1874-1944), *Diario Intimo* de Pío Gil (1865-1918), *Hojas de un diario* de Pedro Emilio Coll (1872-1947), *Páginas íntimas* de Tulio Febres Cordero (1860-1938), *Diarios de Fuenfria-Bellevue-Madrid* de Teresa de la Parra (1889-1936), *Tonta de capirote* de Ida Gramcko (1924-1994), *Crónicas de caña y muerte* de Orlando Araujo (1827-1987) y *Diario merideño* de Armando Rojas Guardia (1946-).

Si consideramos con Anna Caballé que autobiografías, autorretratos, memorias, diarios íntimos y epistolarios son "las cinco manifestaciones autorreferenciales fundamentales" (Caballé, 1994, 40) podemos observar en nuestro corpus que la mitad corresponde a diarios, tres son autobiografías, una memoria, un autorretrato y uno, el inclasificable libro de Araujo podría ser un diario. Aunque de Teresa de la Parra y Pío Gil se han publicado epistolarios no los tomamos en cuenta para este trabajo.

Analicemos ahora cada sub-género. Si tomamos la clásica definición de Lejeune (1994, 50) "Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad", creo que ninguno de los textos de nuestros escritores podría ser clasificado así. Las *Páginas íntimas* de Tulio Febres Cordero son un breve libro en el que habla de su nacimiento, sus estudios, los oficios que aprendió y ciertas anécdotas de su vida.

En cuanto a Mariano Picón Salas, *Viaje al amanecer* es un libro de memorias de infancia en el que se recurre a un narrador con otro nombre. Podría ser clasificado, según el esquema de Romera-Castillo (en Reus Boyd-Swan, 1993) como un relato

autobiográfico. Esto es, hay identificación entre narrador y personaje ya que está narrado en primera persona, lo narrado efectivamente corresponde a acontecimientos de la vida de Picón Salas aunque el narrador se llama Pablo, quizás por el recurso autobiográfico que consiste en utilizar nombres falsos. Podría también ser considerado una novela. Sin embargo, en la dedicatoria a Maricastaña, Picón Salas explica su fascinación por el pasado y el disfrute de recordar sus tiempos infantiles:

...en mis andanzas y cavilaciones de muchacho solitario exploré la casa. Había papeleras, cepillos y relojas bordadas en hilo de oro (...) había un álbum de fotografías guarnecido de rojo peluche (...) Y sobre todo había ese gusto de inventar y de fantasear que mueve tan sabrosamente la lengua de la servidumbre (...) Escapando de la sociedad de las personas serias, me acurruco cerca del fogón para oír las historias (...) "Aquello fue en tiempo de Maricastaña" (...) Por ello la conjuro y la evoco como un fantasma, cuando entre el enmarañado tiempo vivido salga a explorar para que otros la gocen como yo gocé la distante flor azul de los días infantiles (Picón Salas, 1987, 15).

*Viaje al amanecer* es un libro en el que aparte del evidente placer del recuerdo del autor, puede encontrarse también el disfrute por la descripción de un espacio y una época. El autor no se ocupa de tratar de entender su vida y sus actuaciones a través del tiempo, tampoco de explicar lo que es a partir de lo que fue. No quiere interpretarse a sí mismo a partir de lejanas actividades. Simplemente quiere mostrar cómo era la vida en casa de un muchacho de buena familia, en una ciudad de provincia a principios de siglo. Pareciera que lo importante es mostrar una Venezuela rural que se desvaneció, unas costumbres que ya no existen más, un ambiente vital que pertenece a otro tiempo. El autor lo vio desaparecer, vio cómo llegaba una nueva sociedad a un nuevo país, por tanto escribe este libro para preservar la Venezuela de antes de la modernidad.

*Regreso de tres mundos*, del mismo autor, tiene un sentido completamente distinto e incluso, genéricamente no es igual. En este caso se trata de una autobiografía ensayística o un ensayo autobiográfico, forma muy común en nuestros memorialistas. Ob-

viamente, también el tiempo narrado es distinto. *Viaje al amanecer* cuenta su infancia y primera juventud en Mérida, desde 1901, fecha de su nacimiento hasta 1919, cuando sale de su ciudad rumbo a Caracas. *Regreso de tres mundos* comienza en Mérida en 1918 "año que acaso marca el límite entre el siglo XIX en que se formaron nuestros padres, y el otro siglo en que nos tocó padecer y soñar" (Picón Salas, 1987, 145) hasta 1937 cuando viaja a Europa. En este libro, que cuenta su llegada a Caracas, su vuelta a Mérida para ver la destrucción del patrimonio familiar, el gomecismo, su ida a Chile, su vuelta a la muerte de Gómez y su ida a Europa, el sentido es muy distinto al de *Viaje al amanecer*. Si en el primero pareciera un niño el que habla, en este es el hombre adulto que recuerda su juventud.

El mismo Picón Salas dice:

entrego ahora este libro en que quise ofrecer un poco la razón de mi vida; definir los impulsos e ideas que me condujeron; contemplar con implacable crudeza lo que uno llamaría su proceso de formación o de destrucción (Picón Salas, 1987, 133)

Pero junto a esta idea está también la de definir las características del venezolano y de Venezuela. Reflexionar sobre la juventud, la política, la religión, la literatura, el modernismo, el petróleo, el sexo y el amor, la pérdida del paraíso, las costumbres venezolanas en contraposición a las chilenas, la revolución, el fanatismo. Todos los hitos de la vida de un joven son narrados desde dos puntos de vista. Por una parte el anecdótico de su vida y por la otra el reflexivo del ensayo sobre el hecho.

Picón Salas también reflexiona sobre el mismo hecho de contar sus experiencias:

Cuando ese extraño demonio de intranquilidad que visita a los escritores empezó a dictarme este libro tuve dos peligrosas ilusiones: la de presentar un testimonio desnudamente sincero y la de que mi experiencia sirviera de alerta y enseñanza a los otros. "Qué bonita historia: un hombre que ya comienza a ser viejo se confiesa ejemplarmente a las generaciones jóvenes, y espera que ellas en gracia de nuestra fingida humildad y confianza le darán su aplauso benévolo! (Picón Salas, 1987, 134).

Pero entiende la imposibilidad de hacer esto. El mundo ya no es lo que fue. Lo que le sirvió a él ya no funciona para las nuevas generaciones. Reconoce también la dificultad de que sea éste un libro sincero, ya que como nuevos narcisos, los hombres de hoy se enredan en "las telarañas de nuestra interioridad" (Picón Salas, 1987, 138).

Este ensayista, que no puede dejar de serlo ni siquiera cuando cuenta su vida, llega a la conclusión de que

Sólo para un hermoso cuento que también se llama la Historia, narramos lo que a nosotros nos pasó. Más que una lección práctica, contar historias es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre (Picón Salas, 1987, 138).

Los libros de Picón Salas llaman la atención en el contexto de la literatura memorialista de los escritores venezolanos por varios aspectos. Por una parte por ser los menos lejanos a las características del género. Por otro por su carácter reflexivo y poco apasionado. También por la elegancia y el cuidado de su escritura. En un país en el que el buen decir no es lo habitual, toda la obra de Picón Salas brilla por el placer de su escritura. No siempre nuestros escritores se ocupan tanto de cómo dicen lo que dicen como este autor. Puede suceder, sin embargo, que el cuidado por el estilo no se dé en el resto de los textos de nuestra literatura autorreferencial porque sean libros de emergencia, escritos apresuradamente en el fragor de la crisis histórica, como las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra.

En las *Memorias* de Pocaterra la vida del autor no tiene ninguna importancia, como no sea por la azarosa circunstancia de que fue dado vivir un pedazo de la historia. Caballé apunta a que las memorias se consideran un género histórico porque

el objeto de las memorias coincide, aparentemente, con el objeto de la historia, esto es, dar cuenta de los hechos de cierta relevancia, hechos que serán referidos con objetividad, fidelidad, exactitud por el historiador y narrados por el memorialista desde una perspectiva personal, subjetiva, desde luego, pero menos que la manifestada en otros géneros autobiográficos, puesto que el memorialista mira al exterior, al mundo que le ha rodeado y del que se

propone ofrecer, por alguna razón, su particular visión: son los datos, no los esfuerzos de un hombre por erigir su personalidad, los protagonistas de la obra (Caballé, 1984, 42).

Efectivamente, en este libro no se cuenta la vida de José Rafael Pocaterra, sino de un venezolano de la decadencia. Lo importante aquí es no sólo mostrar los horrores de las cárceles de Gómez, las torturas, los maltratos, las muertes, sino también los hechos políticos, la enredada madeja de los acontecimientos históricos, las invasiones y alzamientos contra el régimen, la personalidad de Gómez y sus secuaces, por eso se agregan apéndices documentales de los juicios y los procesos, fotos de la cárcel, planos de la Rotunda. Todo esto con la simple intención de dar a conocer la atroz circunstancia que vivía el país y también que ésta no se olvidara con el tiempo:

[Este libro] Se escribió casi paralelamente al curso de los acontecimientos que se narran, y la fe profunda que mantendremos por encima de todo logró que perdurase el intento a través de los obstáculos diversos aun a costa de la remota posibilidad de que Venezuela leyera algún día lo que había pasado en Venezuela (Pocaterra, 1990, I, 11).

Sin embargo es también el libro de un escritor y la reflexión sobre la literatura no está lejos:

He terminado casi la primera parte de una novela. La título por ahora *Juan de Abila*. Ninguna alusión política de mal gusto; ni una sola reminiscencia del lugar en que la escribo (Pocaterra, 1990, II, 132).

En las *Memorias* también hay anotaciones de diario, son éstas las únicas en las que se insinúa algún comentario más íntimo o personal.

28 de diciembre. Hoy tengo una gran alegría, una alegría enorme. Un compañero me dice que puedo enviarle un papelito para mi madre, que es amiga de la suya, que está en Caracas (...) Casi un año que no sé de los míos ni de su suerte... (Pocaterra, 1990, II, 136).

Las *Memorias* son un documento histórico terrible, porque narra una época de dolor y muerte, de excesos de gobierno y de adulancia. Es uno de los

mejores textos para conocer un momento de nuestra historia y, según la definición de Georges May, un testimonio, que “debe entenderse como la obligación que sienten numerosos autobiógrafos de hacer que aquello de lo que fueron testigos privilegiados, por una razón u otra, no desaparezca con ellos” (May, 1982 50).

El castrismo y el gomecismo fueron la época de oro de nuestros memorialistas. De los doce textos analizados aquí seis de ellos corresponden a este período: los de Picón Salas y Pocaterra y los diarios de Pfo Gil, Rufino Blanco Fombona y Teresa de la Parra.

De la misma manera apasionada que Pocaterra adversó el gomecismo, Pfo Gil y Rufino Blanco Fombona, no ya en las cárceles sino en el exilio hablaron de la dureza de las épocas de Cipriano Castro y José Vicente Gómez. El *Diario Íntimo* de Pfo Gil, a pesar de su nombre, tiene poco de íntimo. Quizás por aquella máxima de Unamuno de que nada es tan público como un diario íntimo. El *Diario* de Gil está formado en realidad por tres. En primer lugar el *Diario a bordo del Guadalupe* de 1908, el *Diario de viaje por Francia, Italia, España y Holanda* en 1909 y el *Diario Íntimo*. El primero de ellos cuenta un viaje hasta Europa en el mismo barco que lleva a Cipriano Castro. Pedro María Morantes, que con el seudónimo de Pfo Gil había escrito una feroz novela contra Castro, *El Cabito*, tiene la oportunidad de constatar y mostrar la megalomanía, autosuficiencia, la estupidez y vulgaridad del presidente de Venezuela. No olvida mostrar la adulación extrema de sus áulicos y el servilismo de los que se le acercan:

Por el frente del mar que se extiende ante Castro y su esposa, pasaba y repasaba también un botecito paupérrimo (...) El excónsul seguía mirando (...) esperó largo rato. En la extensión del mar estaba sólo él con su bote y no lo veían (...) ¿No lo querían ver? (...) De repente el excónsul cerró el quitasol y se descubrió. ¡Al fin había podido ofrecer su saludo, ser visto, ser recordado por su Jefe! (Gil, 1965, 10).

El *Diario a bordo del Guadalupe* es también un documento político. Lo que importa no es la vivencia de quien lo escribe, sino la visión acerca de otro. Un otro que no sólo se ha erigido en dictador, instaurando un régimen oprobioso, sino también que

está justamente haciendo el viaje que será aprovechado por Gómez para hacerse del poder e instaurar, a su vez, una dictadura más atroz aún.

Los Diarios de viaje por Francia, Italia, España y Holanda son los clásicos diarios de viaje en los que un extranjero, a partir de la visión de otro país establece diferencias y semejanzas con el suyo. Como dice Todorov (1993, 99), el relato de viaje está en el límite entre la ciencia y la autobiografía. La ciencia está allí porque es importante que el relato de viaje implique la idea de descubrimiento de otras realidades distintas a las habituales.

Por su parte *El Diario Íntimo* de Pfo Gil, a pesar de sus anotaciones diarias, no se inserta en la definición clásica del término, no son solamente anotaciones del día a día, sino también reflexiones sobre su vida:

Niní vino y ella que me parecía desde lejos una solución, cuando he podido tratar de realizar mis vagos propósitos, he desistido de ellos no sé por qué... (Gil, 1965, 170).

#### Recuento de sus miedos:

Como no conozco los usos de los teatros, ni siquiera su topografía estuve muy preocupado ese día, pues me imaginé que no iba a dar con los puestos, que iba a cometer mil torpezas. ¿Qué traje debía llevar? (...) Tengo que convenir una vez más, que mi carácter tan falto de serenidad me causa muchas mortificaciones y me presenta el más fútil episodio de la vida como un problema de grandes complicaciones. Llevar a una dama al teatro se me presentaba como una empresa romana y estuve a punto de reunir en consejo a todas mis relaciones (Gil, 1965, 166).

#### Cierto sentido de la autoconmiseración:

José Ignacio Cárdenas fue amigo mío mientras creyó que yo podía hacer algún papel y se apartó de mí cuando se convenció de que yo sería un fracasado (Gil, 1965, 176).

#### Comentarios sobre otros venezolanos en París:

Me decía Rufino Blanco Fombona que Pedro César

Dominici siempre ha sido un plagiario y que en los tiempos de *Cosmópolis* leyó un artículo de Pedro Emilio Coll en las cajas y en sustancia lo publicó con su firma en otro periódico (Gil, 1965, 183).

Anécdotas que hablan del espanto del gomecismo:

Leopoldo Maldonado había ingresado al Castillo de San Carlos (...) muy enfermo. Un día lo obligaron a sacar el tonel de las inmundicias (...) y cayó con él. El contenido le bañó todo el cuerpo (...) lo condenaron a soportar sobre su cuerpo este baño de deyecciones (...) Eustoquio Gómez se reía de él y se burlaba de él. Y para libertarse de aquella infinita desgracia, se cortó la carótida con el vidrio misericordioso de una botella (Gil, 1965, 165).

Epigramas:

Los pueblos explotador y esclavizados pagan su subsidio de oro y su subsidio de sangre, sin merecer la gratitud de sus déspotas (Gil, 1965, 186).

A veces da la impresión de que es un cuaderno de escritor en el que anota todo lo que le impresiona, lo que tiene que ver con sus pensamientos, las ideas para cuentos por escribir, las anécdotas que le comentan, sus meditaciones. Pío Gil pocas veces es verdaderamente íntimo, a veces cuenta duros momentos, como cuando ocasionó que su tía muriera de hambre y otras oculta con pudor sus actividades. Todo lo contrario hace Rufino Blanco Fombona, que con su apasionada escritura y su afán naturalista escribe y publica todo lo que le sucede, desde cómo sedujo a una monja a con cuanto dolor lloró la muerte de su hermano.

Los Diarios de Blanco Fombona ocuparon 27 años de su vida. Algunos cuadernos se perdieron, otros, dice él que fueron robados por agentes del gomecismo, pero quedaron catorce años, de los cuales, en vida, Blanco Fombona publicó tres volúmenes: *Diario de mi vida*, *La novela de dos años* (1929), *Camino de imperfección*. *Diario de mi vida*. (1906-1914) y *Dos años y medio de inquietud*.

Los Diarios de Blanco Fombona son excepcionales en el sentido de su amplitud. En ellos puede

encontrarse de todo: aventuras galantes, seducciones, amores, retratos de Caracas, diatribas contra Gómez, crítica a los venezolanos serviles, diarios de viaje, lecturas, visiones sobre la situación política en Venezuela y el mundo. Además, son diarios escritos para ser publicados, no "escritura endogámica, desarrollo de una expresión formulada en primer lugar para uso del que lo escribe" (Caballé, 1994, 52). Al igual que los Diarios de Pío Gil son una interesante fuente de información sobre Venezuela, Castro, Gómez, los alzamientos contra ellos. La política es un tema importante de estos diarios, como también lo fueron de su vida y su obra. Pero también, y sobre todo, lo más fascinante de estos diarios es que constituyen un delicioso retrato sobre los usos y costumbres de la sociedad caraqueña de principios de siglo. Además, muestran con la pasión y vehemencia habituales en él la extraordinaria personalidad del escritor. Blanco Fombona se nos muestra con toda su vitalidad, su egolatría, su furor contra Gómez. Cuenta las artimañas de las que se valía para seducir mujeres o la vez que enamoraba al mismo tiempo a dos muchachas caraqueñas, para finalmente quedarse con una y romperle el corazón a la otra, comentando:

En cuanto a la otra, juraría que aceptará el primer hombre que se le insinúe; y lo aceptará por despecho, naturalmente. Esa es la vida (Blanco Fombona, 1991, 224).

También habla de su contento por el éxito de *El hombre de hierro*, sus lecturas, la amarga experiencia de cuando fue nombrado Gobernador del Territorio Amazonas, su admiración a Bolívar, su odio contra Gómez:

Aunque distante no he olvidado al tiranuelo, ni el asqueroso o iletrado patán se ha olvidado de mí. Ni un momento ha cesado mi modesta y honrada pluma de pincharle las posaderas (Blanco Fombona, 1991, 234).

Aunque aparentemente los intereses de Blanco Fombona estaban en la política y la pasión venezolanista, lo amoroso, lo erótico y luego lo familiar son a mi parecer las piezas fundamentales de sus Diarios. La mujer, tanto la de "besos de alquiler" como las novias, las amantes, la madre de sus hijos

son presencias constantes. El último de sus diarios termina, muy literariamente, con la premonición de la muerte:

Mi pregunta: ¿ya? debía significar: ¿ya estoy muerto? La respuesta de mi padre me aterrorizó, porque era concluyente: "sí, ya lo estás" (Blanco Fombona, 1991, 413).

Un diario en el que la muerte es una imagen que no se nombra, pero que está constantemente evocada por la enfermedad es en el *Diario de Bellevue-Fuenfria-Madrid* de Teresa de la Parra. Este sí es un cuaderno de anotación diaria de los acontecimientos. Lo publicado hasta ahora es solamente un fragmento de un diario que ocupa seis años de su vida, desde el 1931 hasta el 36. Es un diario de enfermedad, empezado después que conoce que padece tuberculosis. En este diario, cuya prosa -a diferencia de la de sus novelas es sintética- escueta, casi esquemática, Teresa de la Parra cuenta lo que hace y lo que lee; sus pensamientos, reflexiones, actividades, problemas económicos, paseos, amigos y cambios de humor.

Sus anotaciones, muy concisas, van mostrando su vida habitual:

Lunes 7. Leído filosofía. Principios de la Edad Media. Baño en el mar, delicioso. Nadé muy bien. Encuentro de Lydia con Afrodita. Almuerzo en el tea-room. Es día de fiesta y todas las tiendas cerradas (Parra, 1982, 450).

También sus sentimientos:

Sábado 12. Esta mañana ayudé a Lydia a hacer su equipaje. Pasé el día sin leer. A las seis fui a dejarla en la estación y me dejó su partida una impresión de soledad absoluta, algo como la muerte. Al regresar sola mirando las hojas secas que volaban en un vendaval de otoño y un mar bravo tenía el alma llena de angustia. Pensaba en la soledad de la muerte, soledad del que se va en pleno elemento desconocido y del que se queda. Estoy triste. Lydia me hace más falta de lo que creía (Parra, 1982, 451).

Posteriormente, cuando adquiere conciencia de los malestares de la enfermedad y de su próximo final, se nota que va amargándose y llenándose de

mal humor, estallando en lo que ella llama la neurastenia.

En un mismo día pueden encontrarse datos tan contradictorios como:

Sábado 4 enero. Temp. 36,9

Curiosa mentalidad la de Carujo. Contraste con Vargas, tenían que ser los tipos como Carujo y viejo Guzmán los más fuertes en aquella época en que se vivía aún bajo la influencia que fue la independencia, en que se imponían los audaces.

Continúa mejoría estómago debido a bismuto hidratado. Estoy normal. Terquedad médicos quitándome bismuto al llegar Fuenfria me ha perjudicado haciéndome sufrir y adelgazar durante más de dos meses (Parra, 1982, 457).

Mientras que Pío Gil y Blanco Fombona tienen a Gómez como presencia constante, la única referencia política de la selección de textos se refiere a la muerte del dictador.

Lectura periódicos Caracas durante los días y después muerte Gral. Gómez. Me dan una triste impresión de prensa mala y de falso civismo. Solo iniciativa escritores espíritu de asociación en todas las carreras y gremios para formar una opinión pública que contrarreste cualquier tiranía, me interesa. Aún dura el tono de lisonja al hablar de López Contreras. Personas que figuran en la iniciativa tampoco me gustan mucho "individuos" de vida poco limpia de los que no podrán ser nunca "liberales a la inglesa" como eran los primeros gobernantes de la República. Serían o aduladores serviles o instrumentos de tiranía. Lo de siempre (Parra, 1982, 468).

Además hay referencias a amigos, a los análisis freudianos que hace de sus sueños, a problemas económicos siempre molestos, a las comidas, si fueron buenas o no, etc.

De todos los diarios de escritores venezolanos este es el único que pareciera escrito sólo para su autora, no para ser publicado después. Pareciera en estas páginas que hay un diálogo frente al espejo, no tanto por la reflexión sino por la constatación de actividades que se han realizado, de las que deberían

hacerse, frente a un futuro cada vez menos promisorio, con una enfermedad que quita fuerzas, tratando de ganarle tiempo a una muerte cercana.

Infinitamente menos terrible que el anterior es otro diario: *Las Hojas de un diario* de Pedro Emilio Coll. En estos apuntes el yo, la vivencia íntima, no existe, sólo las reflexiones de un escritor. A este autor Picón Salas lo llamaba el filósofo de nuestros modernistas y proseguía

se le puede llamar uno de los clásicos de Venezuela, en cuanto classicismo indica contención, equilibrio, permanencia. Su singular mérito dentro de nuestra tradición literaria es haber animado una literatura de ideas, injertar en nuestra estancada vida espiritual una preocupación que, más allá de las palabras, aspiraba a la esencia de las cosas (Picón Salas, 1984, 146).

Tal cual son sus diarios, contenidos, equilibrados. A diferencia de Rufino Blanco Fombona, nuestro modernista aguerrido, Pedro Emilio Coll da una mirada aguda pero sutil de las épocas de Guzmán Blanco y Andueza Palacio. Sus diarios son completamente impersonales. Siguiendo lo que después va a convertirse en una tradición literaria venezolana estas hojas de diario no son propiamente tales sino un cuaderno de escritor, en el cual éste reflexiona sobre sus lecturas, sus observaciones, etc. El típico cajón de sastre, lleno de pequeños textos que no terminan de completarse o desarrollarse: reflexiones sobre España, sobre los robos a las iglesias, los ismos literarios, Miranda, los barrios miserables, el color verde intenso del musgo en la Plaza de la Misericordia, la incapacidad del venezolano para disfrutar de la naturaleza:

El que entre nosotros mira un árbol con cierta delectación, o una nube sonrosada, o la seda de un plumaje, merece que desdeñosamente se le califique de "poeta". Lo que para el hombre de otros climas es emoción sana y espontánea, es para nosotros sensiblería romántica. Aspirar en público el aroma de una violeta o acariciar el terciopelo de un tulipán, es exponerse a sentar plaza de "idealista" y de persona nada seria y circunspecta. Yo mismo estuve a punto de soltarle la risa en la barba blanca, al primer gentleman que vi en Londres con una rosa de té en el ojal (Coll, 82).

Y este yo es el único en un diario constreñido por la observación ensayística. Nada que hable de su vida, como no sea vi un 5 de julio, leí un libro, creo que tal obra es la más bella y noble que conozco.

Un poeta contemporáneo, Armando Rojas Guardia, publicó en su *Diario merideño*. Éste se imbrica perfectamente en las características de la prosa ensayística de su autor. Todos sus libros de ensayo: *El dios de la intemperie*, *El caleidoscopio de Hermes* y el inédito *Crónicas de la memoria* son ensayos autobiográficos. A partir de su vida hace una reflexión profunda y densa sobre los temas que le son más afines: el cristianismo, Dios, el homoerotismo, el marxismo, la culpa y la palabra, tanto en la oración como en la expresión poética. A diferencia de *Régreso de tres mundos* de Picón Salas, en el que la reflexión es a partir de los hechos de una vida, para Rojas Guardia la reflexión es a partir de los sentimientos de una vida. No son las acciones las que permiten la reflexión sino el contacto con la interioridad.

*Diario merideño* es principalmente una reflexión sobre el cristianismo. Aunque también en él hay algunos elementos de la vida corriente que sirven como catalizador para el pensamiento.

Observo con temor y temblor el proceso de esta gastritis que me anonada: ella arrastra a mi espíritu hasta colocarlo en una zona suspendida del sentido donde los significados se trastruecan y la realidad cobra un talante absurdo (Rojas Guardia, 1991, 6).

Otras veces la observación del entorno sirve para lo mismo:

Hace dos días que la niebla no se despega de las calles, transformadas en fotogramas de una película mental cuyo ritmo lento y cuya opacidad son ajenas a la verdadera calidad sensorial de Venezuela (Rojas Guardia, 1991, 8).

En otras ocasiones en la sensualidad

Me pierdo en el laberinto de mis expectativas, tan intoxicantes e inasibles como las volutas de humo de un cigarro, mientras aquella trinitaria, a pocos metros de esta silla, explota bajo el sol mañanero como el verdadero tesoro, el cuerpo del deseo (Rojas Guardia, 1991, 12).



Lo que más llama la atención de este breve texto es la utilización del mundo interior como elemento para organizar el mundo exterior. También algo poco común en la prosa ensayística venezolana, el disfrute de la escritura, el saber decir, el amor por la palabra.

Dejé para el final dos libros poco fáciles de clasificar: *Tonta de capirote* de Ida Gramko y *Crónicas de caña y muerte* de Orlando Araujo.

El de Ida Gramcko es un relato autobiográfico donde el tema principal es la volatilidad de la autora, su sentido literal del lenguaje, sus metidas de pata debidas a la ingenuidad. Uno se pregunta, sin embargo: ¿será posible la ingenuidad cuando uno está tan claro sobre ella? Los que conocimos a la autora podríamos pensar que sí, aunque la duda se mantiene. En todo caso, *Tonta de capirote* puede considerarse como un autorretrato tal como lo define Beaujour "La fórmula operativa del autorretrato es pues: 'Yo no voy a contaros lo que he hecho, voy a deciros quien soy'" (En Caballé, 1984, 48). Efectivamente en este libro hay "descripción, estatismo, selección de algunos rasgos biográficos con valor autoproyectivo y brevedad en la escritura" (Íbid). El libro de Gramcko muestra sus metidas de pata debido a su carácter etéreo

En verdad, siempre fui contra la corriente. No entendía porqué a la garganta la llamaban gañote o gaznate y porqué el espadadrapo no producía asco a la gente, pues semejava un frío y rígido espagueti.

Por la calle, solían llamarme "pisaflores". Un día me incliné para buscar las flores y no las encontré (Gramcko, 1972, 16).

Anécdotas de la infancia, la adolescencia, el comienzo en la literatura, el primer amor, el matrimonio, el cargo de embajadora en la Unión Soviética. Todo es visto como si la autora fuera una niña inocente, ingenua, que no sabía qué estaba pasando. "Y eso es lo que soy: sólo un poeta con la luz. Y punto..." (Gramcko, 1972, 139).

En contraposición, un bohemio. Orlando Araujo, crítico literario, novelista, cuentista infantil, amén de izquierdista irredento y economista,

escribió al final de sus días un terrible libro final *Crónicas de caña y muerte*. Este texto "sin género posible" (Araujo, 1982, 12) ya que mezcla crónicas, referencias eruditas sobre el alcohol, recuerdos de la bohemia de Sabana Grande, poemas, canciones, puede leerse de dos maneras. La primera como suma de textos sobre el alcohol. La segunda, como un extrañísimo libro de memorias en el que el autor no cuenta sino insinúa y el lector debe ir llenando los espacios, relacionando historias, reordenando la narración, e incluso, finalizando este libro que es "una despedida" (Araujo, 1982, 12).

Las *Crónicas de caña y muerte* están formadas por diez partes en las que Araujo elogia el vino, habla de su pasión por la bebida, escribe poemas contra los abstemios, realiza un largo y culto ensayo sobre el vino en la literatura, escribe cartas a compañeros de farra, reales o imaginarios, reales o ficticiales, y hace descripciones emotivas sobre diferentes bares. Las nueve primeras partes del libro son una inmensa oda al alcohol, a los bebedores, a las noches de tragos, la bohemia, en fin. Todo escrito en una prosa poética, lúdica, llena de ditirambos a los placeres del bar. Repentinamente, la última parte "Hígado de caña y muerte", cambia la tónica:

(Se cierran mis Crónicas en la Clínica Santiago de León, de Caracas, en donde escribí como en un bar de alcoholes metafísicos diariamente, enamorado de una monja, como Dios) (Araujo, 1982, 235).

En esta parte, en un tono estilístico muy distinto, utilizando una prosa narrativa precisa, cuenta día a día el proceso de una cirrosis hepática. Después de 200 páginas que escriben los placeres del alcohol, de repente nos informa que está muriendo debido a éste. Lo mejor del caso es que no hay ninguna intención moralizante, no se arrepiente en ningún momento ni lamenta la vida llevada. Simplemente constata una relación causa y efecto. El alcohol es todo: el placer, la creatividad, la amistad, la bonhomía y la muerte.

Una de las cosas interesantes de este libro es la incapacidad de Araujo de asumir directamente la muerte, aunque ésta sobrevuela todo el libro de una manera indudable. Y al mismo tiempo su conciencia de ésta, como es evidente en el título. Sin embargo él, de una manera clara, nunca asume que va a morir,

tanto así que el libro termina con él saliendo de la clínica aparentemente curado. El lector sabe que no estaba curado. También sabe que lo que Araujo llama pre-cirrosis podía quitársele el prefijo. Sabe, además, que murió bebiendo.

Este libro es extraño no sólo por su imprecisión genérica, sino también porque es uno de los pocos sinceros. Araujo habla de sus amores, de sus mujeres, de las causas que lo llevaron al alcohol:

Creo que mucho de mi caña se debe al miedo a la muerte. La cosa se acentuó después de la crisis de los cuarenta años. Miedo a la muerte por amor a la vida y acortamiento de la vida por obsesión de la muerte" (Araujo, 1982, 165).

A partir de estos ejemplos podemos ver algunos aspectos importantes en la literatura autorreflexiva venezolana. En primer lugar escasean las autobiografías clásicas en los escritores venezolanos. Pareciera que el mismo pudor que les impide contar aspectos íntimos de su vida sea el que les dificulte hablar de su vida sin ampararse en el ensayo o la prosa poética. Al mismo tiempo, los escritores venezolanos no escriben su vida en el género convencional, pero sí cuentan su vida en otros géneros: el novelístico, la crónica, etc.

Hay un amplio grupo de escritores que se ha decidido por las novelas autobiográficas: *Memorias de Mama Blanca* de Teresa de la Parra, *Ana Isabel una niña decente* de Antonia Palacios, *Fiebre* de Miguel Otero Silva, *Se llamaba SN y Guasina, donde el río perdió las 7 estrellas* de José Vicente Abreu, *Puros hombres* de Antonio Arráiz. También otras menos evidentes: las novelas de Laura Antillano, *Piedra de Mar* de Francisco Massiani, *Andén lejano* de Oswaldo Trejo. Orlando Araujo en su libro *Narrativa venezolana contemporánea* llama a unas novelas-confesión y a las otras contando con saudade.

Es muy curioso que cuando el escritor venezolano quiere hablar de sí mismo, de sus vivencias íntimas, de su interioridad las cuente por la vía de la novela. Como si la vergüenza de lo privado le hiciera tender un pudoroso manto ficcional sobre su vida.

## Bibliografía

- Araujo, Orlando (1982) *Crónicas de caña y muerte*. Caracas: Contexto.
- Araujo, Orlando. (1988) *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Monte Ávila.
- Blanco Fombona, Rufino (1991) *Diarios de mi vida*. Caracas: Monte Ávila.
- Caballé, Anna (1995). *Narcisos de tinta. Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*. Madrid: Megazul.
- Coll, Pedro Emilio (s.d.) "Hojas de un diario". En: *El castillo de Elsinor*. Madrid: Ed. América.
- De Nogales Méndez, Rafael (1936) *Cuatro años bajo la media luna*. Caracas: Lit. y Tip. Casa de Especialidades.
- De Nogales Méndez, Rafael (1991) *Memorias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Col. La expresión americana.
- Febres Cordero, Tulio. (s.d.) *Páginas íntimas*. Caracas.
- Gil, Pío. (1965) *Diario íntimo y otros temas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Girard, Alain (1996) "El diario como género literario". En: *Revista de Occidente*, 182-183. Madrid: julio, agosto.
- Gramcko, Ida. (1972) *Tonta de capirote*. Caracas: Monte Ávila.
- Gusdorf, Georges. (1991) "Condiciones y límites de la autobiografía". En: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Barcelona: Suplementos Anthropos, 29.
- Jaén Centeno, Rubén (1991) *Memorias de un cirujano del corazón*. Caracas: Monte Ávila.

- Lejeune, Philippe (1994) *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.
- Liscano, Juan (1973) *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Publicaciones Españolas/Secretaría general OEA.
- May, Georges (1982) *La autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Molloy, Sylvia (1996) *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Otero, Alejandro. (1994). *Papeles biográficos. Memorias de infancia*. Upata: Predios.
- Parra, Teresa de la (1982) "Diario de Bellevue-Fuenfría-Madrid (1931-1936)". En: *Obra (Narrativa, ensayos, cartas)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, Mariano (1984) *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- Picón Salas, Mariano. (1987) *Autobiografías*. Caracas: Monte Ávila.
- Pocaterra, José Rafael (1990) *Memorias de un venezolano de la decadencia*. (T. I y II). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Reus Boyd-Swan, Francisco (1993) "La autobiografía en Gabriel Miró". En: *Escritura autobiográfica*. Madrid: Visor.
- Rojas Guardia, Armando (1985) *El dios de la intemperie*. Caracas: Mandorla.
- Rojas Guardia, Armando (1991) *Diario merideño*. Mérida: Solar.